



El nacionalismo

Conferencia pronunciada en la Universidad de Salamanca
14 de abril de 2016

Juan Pina

Secretario del Patronato de la Fundación para el Avance de la Libertad
Presidente del Partido Libertario (P-LIB)





Buenas tardes a todos.

Quiero ante todo agradecer a Students for Liberty Salamanca su invitación a venir esta tarde y compartir con vosotros algunas reflexiones sobre el problema del nacionalismo. Pero, sobre todo, quiero daros las gracias por la excelente labor que Students for Liberty está desarrollando en todo el planeta para impulsar nuestras ideas, las ideas de la Libertad. Todos vosotros sois impulsores del cambio de paradigma que necesitamos.

Estoy convencido de que las ideas tienen consecuencias. Pueden tardar más o tardar menos, pero las consecuencias se producen. Las buenas ideas tienen buenas consecuencias y las malas ideas tienen malas consecuencias. La Libertad, que es la mejor idea, siempre trae buenas consecuencias. Generalmente trae bienestar, desarrollo y progreso.

La libertad, en palabras de Acton, es el fin político más alto. [Sin libertad, cualquier otro objetivo, por alto que sea, se construirá sobre cimientos endebles y terminará trayendo consecuencias indeseadas.](#) Por lo tanto, muchas gracias a Students for Liberty por sembrar en todo el mundo la semilla de la Libertad.

El nacionalismo es una cuestión candente que en estos momentos parte por la mitad a la sociedad española, a la sociedad catalana, a la vasca, a la corsa, a la sarda, a la bretona, a la escocesa, a las más diversas instituciones de los lugares donde hay un **contencioso nacionalista, al tejido empresarial, a la sociedad civil en su conjunto...** pero creo que no deberíamos permitir que nos divida ni separe a quienes impulsamos las ideas de la Libertad.



Para mí, **nacionalista es simplemente todo aquel que exalta una idea de nación, la que sea, y que antepone los fines nacionales a los individuales.** Me parece por tanto que cualquier nacionalismo es una construcción ideológica profundamente colectivista e incompatible por tanto con el individualismo político, económico, social y moral que define y caracteriza al liberalismo clásico y a su actualización en el siglo XXI, que es el libertarismo basado en las enseñanzas de la Escuela Austriaca de Economía, con Ludwig von Mises a la cabeza, o de pensadores como Murray Rothbard o, en materia filosófica, Ayn Rand.

Esta tarde comenzaré mi reflexión desde el mundo de las ideas políticas, para luego aterrizar en el problema concreto que tenemos en España. Empezaré por tanto contraponiendo el pensamiento nacionalista con el individualismo político que representamos los auténticos liberales y los libertarios; para dar después unas pinceladas sobre la República Libre de Liberland, abordar nuestro modelo territorial para España, y concluir analizando las propuestas de secesión política actuales.

“Imaginad que no hubiera países, no es difícil hacerlo, y que tampoco hubiera religiones, nada por lo que morir ni por lo que matar”. Seguramente habréis reconocido esta frase. Son unos versos de la canción *Imagine*, de John Lennon, y como una imagen vale más que mil palabras, os invito a cerrar los ojos e ilustrar esa frase, ingenua y valiente a la vez, con el icono que os parezca más adecuado. Seguramente a muchos de vosotros os pase lo mismo que a mí, y lo primero que os venga a la cabeza para ilustrar esas palabras sea la Tierra vista desde el espacio. Esa imagen da idea de la fragilidad, de la pequeñez, de la interrelación y de la unicidad de nuestro planeta. Y esa imagen sólo es posible desde hace unas cuantas décadas, porque es producto del progreso científico y tecnológico humano. Y **ese progreso, como todo el bienestar que disfrutamos, se deriva del triunfo definitivo y maravilloso de la Razón sobre el oscurantismo de los mitos y de las creencias místicas.** Esa foto de la Tierra vista desde fuera de sí sólo es posible gracias al genio individual de miles de investigadores y de tecnólogos que cooperaron voluntariamente, cada uno en



persecución de sus propios fines, incluyendo el objetivo legítimo de lucrarse, de obtener beneficio material, de vivir mejor. Es posible porque todos ellos dejaron a un lado los miedos atávicos de nuestra especie y comprendieron que no hay atajos: que el asentamiento de las verdades sólo puede gestionarse mediante la deducción y la comprobación racionales.

En los últimos tres siglos, [los liberales clásicos contribuyeron como nadie a ese triunfo histórico de la Razón. Yo afirmo que hoy sus herederos, los libertarios, debemos seguir haciéndolo.](#) La Razón, en palabras de Ayn Rand, es la herramienta básica de los seres humanos para sobrevivir. La Razón está íntimamente ligada a la esencia misma del liberalismo originario. El liberalismo surgió para liberar a las personas del peso asfixiante de la tradición y del misticismo impuesto por los poderes políticos. Surgió para liberarnos del sometimiento automático a reyes y Estados; para liberarnos de la sujeción a esquemas sociales de castas y compartimentos estancos sin opción a la movilidad social. El liberalismo fue la corriente revolucionaria que puso patas arriba el Antiguo Régimen y que afirmó, prácticamente por primera vez en la Historia humana, el valor del Individuo soberano de su vida y de su libertad, una libertad sin más límites que la de cada uno de los demás individuos. Una libertad que sólo es posible en un marco racional de respeto a la propiedad bienhabida de cada persona y a su libre intercambio mediante el comercio y el emprendimiento.

[Circula por las redes sociales esa imagen de la Tierra vista desde el espacio, situada junto con otro globo terráqueo, pero éste compuesto por banderas de países. O mejor dicho, compuesto por banderas de Estados. **Bajo el primero dice “la Tierra vista por un libertario” y bajo el segundo, “la Tierra vista por un estatista”. Lo comparto plenamente.**](#)

Las banderas son esos rectángulos de tela de colorines que sirven para decorar las fachadas de los hoteles y los techos de las casetas cuando un pueblo está en fiestas. Sirven también para cubrir ataúdes, y esto es bastante habitual



porque los Estados tienden a matar mucho. Los soldados besan estos rectángulos de tela, o se ponen muy tiesos al cuadrarse ante ellas. Los jefes de Estado bajan la cabeza a su paso, y no son pocos, en pleno siglo XXI, los hombres y mujeres de bien que, incomprensiblemente, darían su vida o la de otro, más probablemente la de otro, por estos iconos arcaicos. Pero volvamos a los dos globos terráqueos, el fotografiado desde el espacio y el compuesto por banderitas estatales.

La primera imagen, la de la Tierra vista desde el espacio, es la imagen de nuestro planeta como lo entiende una persona liberal, libertaria, o alguien que quizá no sabe cuál es la etiqueta ideológica que mejor le define, o no quiere ponerse ninguna, pero rechaza instintivamente el colectivismo y su expresión política: el estatismo. La segunda imagen, el globo lleno de banderitas, es la imagen de la Tierra tal como la entiende un planificador, un ingeniero social.

La primera imagen me produce esperanza y me reafirma como miembro de nuestra especie. La segunda, me recuerda que la humanidad todavía está bastante lejos de haberse desprendido de la irracionalidad. A mi juicio, el exponente máximo de esa irracionalidad en el terreno de las ideas políticas, sociales y económicas, es el colectivismo, porque sustituye la razón individual por la decisión colectiva, que en realidad es la decisión de los intérpretes del colectivo en cuestión, es decir, de las élites estatales. [El concepto mismo de nación o de patria, o de pueblo, es una entelequia bastante mística.](#)

Flaubert escribió que “el nacionalismo es de una estupidez feroz”, pero yo creo que fue bastante ingenuo porque el nacionalismo es feroz, pero no es estúpido. Puede haber estupidez entre sus seguidores ciegos, pero no entre sus dirigentes y beneficiarios. En realidad, [el nacionalismo es la estrategia más inteligente de los estatistas de cualquier color político para que la mayoría se someta voluntariamente](#); para que acepte e incluso reclame un Estado grande y poderoso, que obviamente regentarán ellos.



En palabras de George Orwell, “el nacionalismo es inseparable del ansia de conquistar el poder para la nación en la que uno ha decidido ahogar su individualidad”. En otras palabras, **el nacionalismo es profundamente estatógeno (generador de más Estado)**. Y por eso los Estados consolidados y los Estados en construcción coinciden en hacer mucho nacionalismo. La patria es uno de los dos potentes cementos de fraguado rápido con los que se construye mucho Estado. El otro es la pobreza. Casi toda la proliferación administrativa, casi todo el crecimiento hipertrofiado de los Estados se ampara en esas dos excusas: la patria o los pobres. Esgrimiendo uno de esos dos argumentos, o los dos, se allana el camino para justificar más Estado.

Los peores totalitarismos de la historia de la humanidad fueron impuestos mediante grandes dosis de nacionalismo. La exaltación del mito nacional acompañó por supuesto al nazismo, al fascismo, al franquismo, pero también a las dictaduras comunistas, por más que en sus orígenes hubieran reivindicado un internacionalismo que pronto quedó reducido a un lugar común de sus proclamas. Las soflamas nacionalistas de Nicolae Ceaușescu y otros dictadores comunistas no tienen nada que envidiar a las de la extrema derecha. Aquí, por ejemplo, Pablo Iglesias **intenta recuperar para la izquierda la palabra “patria”, que en España suena a derecha, pero en América Latina la utilizan por igual ambos colectivismos, el de izquierdas y el de derechas. El nacionalismo siempre ha sido un factor esencial de los populismos de todo tipo,** desde el peronismo argentino al chavismo venezolano, desde el gaullismo francés al régimen serbio de Slobodan Milosevic.

El nacionalismo es fácilmente adaptable por cualquiera de las corrientes de pensamiento contrarias a la Libertad, ya sea de un color o de otro, y le aporta robustez. Esto se debe a que el mito nacional está construido sobre los instintos más bajos pero también los más primarios y eficaces de nuestra cultura:



- La seguridad del agrupamiento gregario bajo el liderazgo paternal de un jefe proveedor de seguridad y orden.
- La confianza en las normas y decisiones de ese jefe, es decir del Estado, el anhelo de recibir su reconocimiento y el temor a su castigo.
- La puesta en común de los recursos en el seno de la comunidad (cosa que inicialmente era voluntaria, y que hoy en día es coercitiva y por tanto ilegítima).
- El temor y la obediencia a los dioses que el jefe interpreta y representa. Hoy el dios representado es la soberanía colectiva, expresada en las urnas. Los políticos son los intérpretes de la supuesta voluntad popular.
- Y sobre todo, el temor y el odio (hábilmente fomentado por el jefe, por el Estado) a los otros, a los no miembros de la comunidad. Recordad la serie de televisión Perdidos (Lost): en esa serie los otros, los ajenos a la comunidad propia, personificaban el objeto de los temores más irracionales del ser humano. Los ajenos a la comunidad propia siempre son presentados como malos y crueles, y la comunidad propia, la nación, siempre se presenta como el regazo maternal donde supuestamente se nos cuida, se nos alimenta y se restañan nuestras heridas, siempre a cambio de nuestra libertad y de hacer realidad el plan de los gestores de ese Estado tan bondadoso.

La idea misma de nación es la sublimación de todos estos instintos primarios para construir con ellos una robusta estructura política, por supuesto centralizada, jerárquica e impuesta coercitivamente (y por tanto desfasada en el mundo tecnológico actual, en el mundo de la red distribuida).

Los individuos de una nación son meros ladrillos para edificarla. Se les supone creyentes fieles en el mito nacional. Se les exige alinearse con los patrones culturales de la nación. Se les premia por propagar y exaltar el mito nacional, se castiga a los pocos que lo cuestionamos y se tendrá por auténticos demonios a cuantos se atrevan a promover un mito nacional alternativo. El dictador portugués António de Oliveira Salazar lo resumió como “todo por la nación, nada contra la nación”, ocultando que en realidad lo que así se alimenta es, más exactamente, el Estado.



El mito de la nación extrapola al conjunto de la sociedad las características propias de la familia nuclear o de la familia extendida, características que ya habían pasado al clan, a la tribu. Cada rol de la unidad familiar tiene su expresión en la nación, y lo terrible es que la figura del cabeza de familia se reserva siempre al rey, es decir, en la organización social actual, al Estado. Y por muy democrático que llegue a ser ese Estado, sigue siendo hasta hoy temido y obedecido como la institución autoritaria que en realidad es en el fondo, cosa que obviamente es lo que buscan los estatistas.

El romanticismo del siglo XIX idealiza la nación y se obsesiona por cristalizarla en el tiempo para que en adelante permanezca prácticamente inalterada, como si las naciones no fueran simples convenciones culturales que aparecen en un momento de la Historia, que se mezclan, sucumben, triunfan, fracasan, se fusionan, se subdividen y desaparecen. El romanticismo traza un paralelismo irreal pero eficaz que dota a la nación de atributos humanos. La capital de la nación es la cabeza o el corazón. La periferia ya es menos importante y puede sacrificarse en caso necesario, aunque dolerá muchísimo. No son pocos los nacionalistas centrípetos españoles que sienten la posible pérdida de Cataluña como la amputación de un miembro, o los nacionalistas catalanes que verían de la misma manera la pérdida del Valle de Arán por ejemplo. El ejército son los brazos poderosos de la nación, que protegen a todos sus integrantes. El Estado, siempre que puede, inculca en los ciudadanos que todo el cuerpo-nación debe pensar en una sola lengua, rezar a un solo dios, obedecer a un solo cerebro. El Estado, si puede, trata de homogeneizar culturalmente a la población para evitar la complejidad y la pluralidad interna, porque teme sus consecuencias políticas. Esto lo resumió perfectamente un lema terrible que todos conocéis: *“Ein Volk, ein Führer, ein Reich”*.

O, en España, “una, grande y libre”. Fijaos que lo de libre va al final y no se refiere precisamente al individuo. Lo que más importa al autor del eslogan no es ni siquiera la grandeza, sino la unidad. Los mismos falangistas autores de ese lema decían que preferían “una España roja a una España rota”. Detengámonos por un momento en esa barbaridad. Es



decir, preferían someterse ellos mismos y someternos a todos al régimen que más odiaban, antes que permitir que una parte de la población pudiera escindirse. Ese es el nacionalismo. Y todos los nacionalismos son así. Los que ya tienen Estado y los que aspiran a tenerlo. Todos. Son visceralmente colectivistas y están absolutamente decididos a pelear por los territorios y por las poblaciones a las que imponer su extorsión legalizada, llamada impuestos. Poco se diferencian de las bandas mafiosas, que igualmente pelean entre sí por sus zonas geográficas de extorsión exclusiva.

Así pues, [la apisonadora de la homogeneización cultural y social es consustancial a todo nacionalismo](#). El Estado-nación busca aplastar la diversidad interna uniformizando culturalmente a la población. Para ello, discrimina unas lenguas frente a otras, alienta unas expresiones artísticas y culturales refrenando la pujanza de las opuestas, se alía con una jerarquía religiosa en detrimento de las contrarias, reubica poblaciones enteras, impide o gestiona las migraciones, y adoctrina a la población a través de los medios de comunicación, y particularmente a los niños, a través de la enseñanza. Nuestros hijos no son nuestros, son prácticamente propiedad del Estado, que los convertirá en patriotas bien adoctrinados, ya sea mediante los planes educativos de un ministro en Madrid, de un conseller en Catalunya, o del Estado que sea en cualquier otro lugar del mundo.

Los Estados nacionales y sus ideólogos, los nacionalistas, para asentar el mito de la nación, implantan, a través de la enseñanza colectivizada y de la cultura dirigida desde el Poder, todo un relato histórico cuidadosamente hilvanado, conducente a fines actuales que nada tienen que ver con la verdad histórica. Es un relato romántico, distorsionado, idealizado y generalmente tan edulcorado que no es apto para diabéticos. En un caso esgrimirán empalagosamente las hazañas del Cid Campeador, en otro **las de Roger de Lauria... en fin, cada Estado, consolidado o en construcción**, tomará los mitos que mejor le convengan y hará con ellos un pastel que los súbditos tendrán que tragarse para ser buenos españoles, buenos catalanes, buenos nepalíes o lo que sea.



Los nacionalistas fomentan también el victimismo, porque llorar juntos une mucho, ya sea por la pérdida de Gibraltar (tan explotada por el nacionalismo español) o por el Decreto de Nueva Planta (tan explotado por el nacionalismo catalán). El nacionalismo crea y recrea la nación mítica, la nación soñada, y la casta política recoge los frutos en forma de un Estado más grande, más poderoso, más capaz de hacerse con la riqueza de sus súbditos, y más legitimado por la población a la que embauca y anestesia.

En palabras de Schopenhauer, “es el nacionalismo el que genera naciones y no al revés”. Los ingenieros sociales de cualquier tipo son plenamente conscientes de la potencia que tiene la manipulación emocional de las identidades colectivas, y por lo tanto dedican una gran parte de sus esfuerzos a mantener, o si es necesario, construir, un relato nacional compacto y atractivo para legitimar sus planes y para comprar la aquiescencia ciudadana.

Porque, no nos quepa duda, el Estado compra la anuencia de la población. El Estado occidental de hoy, el posterior a la II Guerra Mundial, fue construido por aquellos a quienes Hayek denominó “socialistas de todos los partidos”. Décadas más tarde, ya en los ochenta, el sociólogo angloalemán Ralf Dahrendorf describió esa nueva democracia como “el consenso socialdemócrata”. Sostengo que la legitimidad profunda de ese sistema, la legitimidad de verdad, la efectiva, la que lo mantiene, no es la mera legitimidad formal, la obtenida en las urnas, sino la doble legitimidad derivada por un lado del mito nacional y por otro de la capacidad de “dar”.

Pues bien, hoy vemos las principales fisuras en la legitimidad de los Estados nacionales precisamente allí donde el mito nacional del Estado no coincide ya con los sentimientos de una parte sustancial de la población, o allí donde la crisis de deuda impide al Estado “dar” todo aquello que durante décadas él mismo nos había enseñado a pedirle. O donde suceden ambas cosas.



Del Estado colectivista se espera que satisfaga las necesidades materiales y las, llamémosle, necesidades espirituales y culturales. Las primeras las ha venido satisfaciendo con deuda y más deuda. Las segundas con mitos y más mitos. Cuando la deuda ya es insostenible o los mitos se han desgastado y están ya obsoletos, el Estado se ve deslegitimado.

Los libertarios no le concedemos demasiada importancia a la idea de nación, y solemos ser bastante refractarios a toda la parafernalia nacionalista y a toda la liturgia manida y obsoleta de los símbolos patrióticos, sean los que sean, en cualquier lugar del mundo.

Somos universalistas, internacionalistas, amigos de todo mestizaje, partidarios de la libre circulación y asentamiento de las personas y de los capitales, favorables a la evolución espontánea de las sociedades, de las lenguas, de las culturas y de los valores que las informan, y contrarios a su conducción mediante la ingeniería social de las élites estatales.

Somos contrarios a toda forma de nacionalismo porque desconfiamos de los objetivos reales de aquellos que esgrimen el mito nacional. Sabemos que para ellos la patria es más religión que ciencia, y hemos comprobado una y otra vez, a lo largo de la historia, que para ellos vale todo o casi todo con tal de asentar la soberanía nacional colectiva, incluso a expensas de la única soberanía que a los liberales nos importa: la suprema soberanía individual, la soberanía de cada uno de nosotros, que siempre antecede y supera al colectivo.

Cuando alguien esgrime la soberanía colectiva te está hurtando la tuya. Todo acto de soberanía colectiva sobre algo que podría decidirse individualmente constituye una invasión. Y en la época tecnológica actual, cuando los bienes



principales son información, la inmensa mayoría de las decisiones pueden tomarse individualmente, ya no es necesario tomarlas colectivamente y hacerlo es usurpar la soberanía del individuo.

Es interesante devolverle la jugada a los nacionalistas y hablarles, desde la individualidad, en sus propios términos y con su propio lenguaje. Es lo que hice en diciembre de 2000 cuando escribí el Manifiesto por la Autodeterminación del Individuo, empleando conceptos y expresiones propias de la geopolítica o del Derecho internacional pero para referirme a mí mismo y a los demás seres humanos. Os recomiendo recurrir a ejercicios similares cuando habléis con nacionalistas, sean de donde sean, incluidos los que comparten y exaltan vuestra propia cultura. Nada les descoloca más, porque [para los nacionalistas la vocación gregaria de la persona va de suyo, la dan por sentada](#). Para ellos, si uno es de Madrid tiene que sentir la nación española como un elemento fundamental de su propia identidad personal esencial, y si su evolución intelectual le ha llevado a relativizar esto, a ser racionalista y universalista, pues es poco menos que un traidor y un descastado. Por supuesto, lo mismo sucede en Rentería con los que no lloran de emoción al paso de la ikurriña o en cualquier otra sociedad del mundo respecto a los mitos nacionales del lugar.

Siempre que debato sobre esta cuestión me viene a la mente una reunión que tuve en Barcelona con nacionalistas catalanes. Era un 12 de octubre y llevaban unas pegatinas que decían *“11 de setembre si, 12 d’octubre no”*, y yo les tuve todo el rato diciéndoles que para mí la fecha más señalada, crucial y memorable, la de mi propia nación de verdad, era el 15 de agosto. Estaban muy intrigados. Como todavía no había *smartphones*, hacían memoria para ver si alguno recordaba qué fecha histórica representaba el 15 de agosto. ¿Una batalla, un tratado, una declaración de independencia de alguien...? A los postres les revelé que el 15 de agosto es mi cumpleaños, y la verdad es que no les hizo demasiada gracia. Me habrían perdonado mejor que se tratara de alguna proclamación nacional de algún remoto país. [Un patriota comprende bien a otro patriota, aunque luego se maten entre ellos. Al universalista, al apátrida, al libertario, le comprende menos.](#)



Da que pensar que la Declaración Universal de los Derechos Humanos incluya el derecho a una nacionalidad, pero no a repudiarla, no a cambiar de nacionalidad, no a prescindir de todas. Se ve claramente que es una declaración hecha por y para los Estados.

[El nacionalismo de Estado es en mi opinión el peor de los nacionalismos](#). Primero porque tiene a su disposición el inmenso poderío del aparato estatal, y lo utiliza. Segundo, porque suele ser inconsciente de su propia condición de nacionalismo. Al estar ya conseguidos sus objetivos, y consagrados en la estructura política vigente, [el nacionalismo de Estado deja de percibirse e identificarse como nacionalismo, pasando a definirse sencillamente como la normalidad](#). Es un nacionalismo satisfecho. Para él, nacionalistas son aquellos que cuestionan esa normalidad y pretenden cometer el crimen nefando de promover un mito nacional distinto, sobre todo si afecta a una parte del territorio percibido como propio.

Por su parte, [el nacionalismo postulante, tampoco es ningún santo](#). Aspira a derrocar al primero e imponer en el territorio y en la población que considera propios su mito alternativo y el correspondiente Estado. En los casos más civilizados, optará por ir adquiriendo poco a poco, década a década, elementos constitutivos de la condición de Estado o de semi-Estado. Es lo que Miguel Herrero de Miñón denomina “fragmentos de Estado”. La política de “café para todos” de la Transición fue un intento burdo de camuflar la adquisición de esos fragmentos de Estado como si se tratara de una gran desconcentración administrativa. [El problema del nacionalismo postulante, es que inevitablemente deviene en nacionalismo de Estado, conforme va adquiriendo eso, más Estado](#).

A los libertarios no nos importa demasiado que un territorio se salga de un Estado y pase a formar parte de otro o se constituya en Estado, ni que dos Estados se fusionen o un Estado se fraccione. Lo que nos preocupa es que todos esos



procesos, o su promoción, sirvan para fortalecer la ideología ultracolectivista y liberticida del nacionalismo y, con ella, el poder del Estado, ya sea del Estado actual o del propuesto.

Los libertarios, obviamente, queremos muy poco Estado, y queremos que ese poco Estado no se base en los mitos nacionales, superados en pleno siglo XXI por la globalización. Igual que queremos separar Estado y religión, queremos separar Estado y mitología nacional. El Estado mínimo, cuasi minarquista, que promovemos, es simplemente la organización política de nuestra convivencia social, manteniendo el orden público y garantizando la propiedad y los derechos civiles. Y para eso, el concepto de nación no hace ninguna falta. Si os fijáis, casi todo aquello por lo que pelean los nacionalismos enfrentados son competencias y poderes que ninguno de ellos debería tener, y que deberían devolverse a la sociedad civil para que cada individuo los ejerciera de forma directa. Nosotros reivindicamos la independencia personal de cada catalán, vasco, castellano, madrileño o thailandés en su vida cotidiana.

Y esto es muy importante porque es lo que realmente nos diferencia a los libertarios de todos los demás. Que para nosotros la educación de nuestros hijos no es competencia ni de la Administración central ni de la autonómica, sino de cada familia. Que no queremos que el aeropuerto de Barcelona sea ni de la Generalitat ni del gobierno central, sino de una empresa de verdad, es decir, privada, y nos da lo mismo que esa empresa tenga su sede en la calle Balmes, en la Castellana o en Piccadilly Circus. Que pensamos que la decisión de rotular un local en cualquier idioma, como la de permitir o no que se fume en su interior o que se vaya vestido o desnudo dentro del mismo, sólo compete a su propietario, jamás al Estado. Que no admitimos peleas estériles sobre cuánto más puede endeudarse un territorio o sobre cuántos impuestos puede cobrar, porque lo que queremos es reducir la deuda, los impuestos y el gasto público a la mínima expresión posible.



Y por eso nos da igual un Estado u otro Estado, lo que nos preocupa es cuánto Estado. Y por eso apoyamos a la República Libre de Liberland. Porque es el primer intento serio, jurídicamente solvente en Derecho Internacional, de crear un Estado profundamente minarquista.

Liberland está situada en territorio formalmente abandonado y jurídicamente repudiado por Serbia, no anexionado por ningún otro Estado, y por lo tanto considerado en Derecho internacional como terra nullius y adquirible por usucapión. Se encuentra en la margen contraria del Danubio, rodeada por un lado por Croacia y por el otro por las aguas internacionales del centro del Danubio. Lo que se está tratando de construir en Liberland es un país sin impuestos, con un Estado mínimo, con una legislación extremadamente sencilla y basada en la ética de la libertad. Es un país donde el denominador común de los ciudadanos, procedentes de todo el mundo, es su anhelo de libertad plena. Es un Estado no basado en una comunidad nacional sino de valores. *Liberland es el Estado menos Estado del mundo, y por eso lo apoyamos con toda nuestra alma.*

El modelo territorial preferido por los libertarios e incluso por todos los liberales clásicos, no en España sino en general, en el mundo entero, suele ser el federal, salvo en países de reducidas dimensiones o muy homogéneos culturalmente.

Los libertarios hemos heredado de los liberales clásicos la preferencia por la subsidiariedad más estricta y por la competencia fiscal entre territorios, y promovemos la mayor cercanía y vinculación posibles entre administradores y administrados. ¿Cómo vamos a querer, precisamente nosotros, Estados grandes y poderosos, con centros de poder alejados del ciudadano? Al contrario, cuanto más desconcentrado y atomizado esté el Estado, mejor. Además, como los mitos nacionales nos dejan fríos, somos seguramente los únicos en ver el conflicto entre



nacionalismos enfrentados con la suficiente perspectiva y objetividad, con el suficiente desapasionamiento, como para articular modelos territoriales sensatos, donde puedan conciliarse los intereses y anhelos de todos, y hasta sus mitos.

Tal vez sea necesario recordar que desde Ron Paul hasta el Libertarian Party (nuestros homólogos en los Estados Unidos), los mayores defensores de la libertad individual en Norteamérica son también los principales adalides de la desconcentración de poder desde Washington hacia los estados. Lo mismo sucede en buena parte de América Latina, y también los liberales clásicos europeos han sido siempre federalistas. Su mediación en conflictos como el de Irlanda del Norte ha sido esencial.

También cabe recordar cómo, al término de la II Guerra Mundial, los liberales clásicos aportaron mucho al movimiento federalista europeo que dio origen al maravilloso Mercado Común, hoy desgraciadamente distorsionado para generar una Unión Soviética Europea cada vez más centralizada, rígida y colectivista, que ha adquirido vida propia a expensas de cada uno de los 500 millones de europeos.

Pongo todos estos ejemplos porque en España se ha distorsionado deliberadamente el liberalismo para incorporarle contenidos conservadores o socialdemócratas, hasta el punto de que la palabra “liberal” hace ya tiempo que se nos quedó inutilizable, usurpada sobre todo por los conservadores. Y el nacionalismo es conservador, no liberal. Y la prueba del nueve de si alguien que se dice liberal es liberal o es conservador... es preguntarle por la cuestión “nacional”. Ahí se ve muy bien.

En España no son pocos los que consideran automática la correlación entre ser liberal y ser unionista, o entre ser liberal y ser fuertemente contrario al nacionalismo postulante mientras se asume sin más el nacionalismo centralista. Y nada más lejos de la realidad. Los liberales clásicos y desde luego los libertarios nos oponemos



frontalmente a todos los nacionalismos, ni sólo al centrípeto ni sólo a los centrífugos, y vemos la tensión centro-periferia desde fuera, como el que ve a dos energúmenos peleando y trata de buscar la manera de separarlos y de poner algo de calma y de sentido común sin salir malparado.

La coexistencia, en varias partes del territorio español, de sentimientos nacionales opuestos es un hecho. Obviamente, ambos sentimientos son constantemente alimentados por las fuerzas políticas, los grupos mediáticos y las organizaciones de la sociedad civil correspondientes en cada caso. Pero, por importante que sea la leña que unos y otros echan al fuego, lo cierto es que existe una base real en ambos casos, un acervo de sentimientos, tradiciones, agravios y aspiraciones producto de la evolución histórica y cultural.

¿Qué hacemos con eso? ¿Cómo le damos salida al conflicto de identidades en una misma comunidad? Es importante reflexionar sobre ello porque ni la independencia, ni la reunificación ni tampoco un nuevo marco federal para el conjunto del Estado actual resolverían el problema interno que tienen sociedades como la catalana o la vasca. Ya sabemos cuál es la solución que le darían a esto los nacionalistas: aplastar la diferencia para imponer la españolidad o la catalanidad o vasquidad mediante la ingeniería social y cultural del Estado, pagada por los contribuyentes.

Los libertarios, en cualquier territorio donde coexisten sentimientos nacionales en conflicto, cada uno con su lengua y sus mitos, debemos promover otra solución, consistente en desmontar toda forma de ingeniería social y devolver el poder a la gente, permitiendo e incluso alentando la pluralidad cultural y lingüística.

Los liberales y libertarios defendemos a las minorías. Como escribió Ayn Rand, los derechos existen para proteger a la minoría de la mayoría, y la menor minoría es el individuo. No ya un libertario sino incluso un liberal moderado, siempre



defenderá el derecho inalienable del individuo a ser diferente, derecho que les corresponde a todos, desde el catalanoparlante de Alicante hasta el castellanoparlante de Manresa.

Hecha esta precisión sobre el papel de los libertarios en el seno de las sociedades donde coexisten sentimientos nacionales enfrentados, la otra cuestión es el encaje territorial, el tipo de federalismo que podemos promover como solución al problema actual. Soy bastante pesimista. El Partido Libertario ya advirtió en un documento de 2012 que esto se les estaba yendo de las manos a todos. Y que era necesario un camino completamente distinto al emprendido desde Barcelona y desde Madrid.

Durante décadas hemos asistido a los errores del café para todos. Se crearon autonomías donde sólo habría sido necesaria la descentralización real de la administración, pero la solución ahora no pasa por recentralizar a la fuerza, sino por devolver el poder a la sociedad civil. [No se trata de quitarle competencias sobre Salamanca a un consejero de Valladolid para dárselas a un ministro de Madrid, sino de darle esas competencias a cada salmantino.](#)

Junto a este problema tenemos el problema principal, que es dar un encaje definitivo a las comunidades en las que una porción amplia, quizá mayoritaria de la población está descontenta con la pertenencia a España, o al menos en el marco actual. Poco importa que ese descontento se achaque a la “labor perversa de los nacionalistas locales que han envenenado a la sociedad” o a los agravios igual de perversos del “centralismo”. Lo cierto es que el descontento existe, y requiere una solución.

Para dar respuesta a ambos problemas y acabar definitivamente con ellos, habría sido posible hasta hace unos años lo que siempre defendimos los liberales más libertarios: [profundizar en la federalización, estableciendo la plena corresponsabilidad fiscal entre diecinueve haciendas autonómicas.](#) Esto habría requerido el paulatino



establecimiento de concertos económicos entre el Estado central y los diecinueve entes federados. Esto habría llevado seguramente a la recuperación del Senado como cámara territorial de verdad, con negociación real de aportaciones y contraprestaciones. Y habría cortado de raíz la cultura de la subvención en determinadas zonas, y la del victimismo en otras.

El modelo suizo nos da una idea de cómo podríamos haber manejado la cuestión de las lenguas incluso a niveles territoriales pequeños. Cada cantón suizo tiene su lengua, y luego la gente habla, escolariza o rotula como quiere. El modelo belga podría habernos ayudado a superar el problema de las instituciones, porque hoy Flandes y Valonia son prácticamente dos países independientes, y Bruselas es un territorio mixto que comparten junto a la Corona, el Cuerpo Diplomático y casi nada más. Pero el modelo que me resulta más interesante es el de las Islas Åland.

Este archipiélago extenso pero poco poblado es de soberanía formal finlandesa, pero la autonomía con la que cuenta excede, no ya lo que Cataluña pretendió con la reforma del Estatut, sino el mismísimo Plan Ibarretxe. El Estado autónomo de las Islas Åland tiene plenas competencias por ejemplo en inmigración. Pese a ser territorio finlandés, tiene reconocida la capacidad de representación propia en diversos organismos internacionales, y es miembro de pleno derecho del Consejo Nórdico. Decide sobre los asuntos militares en su territorio, que ha declarado zona desnuclearizada y desmilitarizada. La única lengua oficial es el sueco. Y así hasta completar todo un marco de autonomía que probablemente sea el más avanzado posible en Derecho internacional, porque el siguiente paso sería la independencia. Independencia que nadie en Åland se empeña en reclamar porque no les hace ninguna falta.

Lo que planteaba ya en 2012 el documento del Partido Libertario, era precisamente establecer un nuevo techo competencial similar a la de las Islas Åland, y permitir que cada una de las diecinueve entidades autónomas que hoy conforman el Estado, las diecisiete comunidades y las dos ciudades, pudieran decidir si quieren alcanzarlo total o



parcialmente, y el ritmo de cada una. Lo que también decíamos es que eso debía implicar responsabilidad fiscal plena y desmontar de una vez toda duplicidad de competencias. Y también decíamos que esa federalización, esta vez auténtica, sólo podría hacerse de forma simétrica, aunque no necesariamente simultánea. Es decir, no se le podría brindar ese nivel potencial a una entidad federada y negárselo de por vida a otras. La pretensión de los nacionalistas periféricos de cometer ese tipo de agravios es lo que más enfada y solivianta en el resto de España a quienes rechazan la autonomía vasca o catalana.

El modelo libertario es con diferencia el más federalista, y habría sido seguramente el camino más razonable para resolver definitivamente el problema catalán o vasco. Pero habría tenido que ocurrir hace años. Mucho me temo que ninguno de los dos nacionalismos enfrentados, el centripeto y los centrífugos, está ya en disposición de recorrer ese camino. [Tanto los nacionalistas españoles como los nacionalistas periféricos están más decididos que nunca a imponer su visión.](#)

Y llegados a este punto, debemos reflexionar sobre las propuestas de secesión. Yo creo que en términos históricos el divorcio ya es prácticamente inevitable. Tal vez se pueda parchear in extremis, y los colectivistas de uno y otro lado ganen tiempo con un armisticio de unos años. Pero incluso eso parece cada vez menos probable.

Pues bien, si el divorcio es inevitable, más vale hacerlo a la checoslovaca que a la yugoslava. Más vale sentarse a discutir procedimientos, compensaciones, ciudadanía, recursos compartidos, etcétera, que asumir e imponer a la gente las consecuencias de una ruptura brusca.

La verdad es que es impresionante que tengamos que estar discutiendo esto. Me recuerda a épocas pasadas de la historia, cuando había incluso guerras por cuestiones tan banales como una interpretación ligeramente distinta de



alguna cuestión teológica. Parece claro que nadie se va a llevar Cataluña de donde está, ni va a levantar una frontera en el Ebro. Parece claro que las empresas de Almería seguirán vendiendo en Tarragona, y las de Vic en Alcorcón, y eso es lo que importa. No parece razonable pensar que una hipotética Cataluña independiente vaya a tener un ejército que amenace a sus vecinos, ni una moneda distinta (aunque más le valdría tenerla y respaldarla en oro). **No parece que la independencia, signifique hoy gran cosa en el contexto de la Europa Occidental.** Es que no es posible ser independiente, pero ni para Cataluña ni para España ni para... Dinamarca. De hecho puede ser un gran error intentarlo porque hay toda una red de tratados que habrá que recomponer, hay membresías de organismos que habrá que recuperar, hay que improvisar todo un edificio jurídico y administrativo, hay que partir de una situación de brutal endeudamiento que no se va a disolver con la independencia, hay que tener en cuenta el problema social de una parte considerable de la población que se sentirá maltratada o en riesgo, hay que considerar las implicaciones que tendrá en la relaciones empresariales y de todo tipo con el resto de España. Es un órdago de enormes proporciones y probablemente los beneficios no compensen a Cataluña ni a Euskadi, aunque desde luego sí compensan a los nacionalistas que pretenden gestionar el Estado post-independencia. Y ahí es donde creo que todos vemos un riesgo: **el riesgo no es la independencia, banal como digo en el mundo globalizado y en la Europa que conocemos; el riesgo es que el nuevo Estado sea gestionado desde el colectivismo exacerbado de los nacionalistas, y particularmente de los de extrema izquierda populista.**

Pero entonces, si la independencia no es gran cosa, ¿por qué unos se empeñan en independizarse a toda costa, en lugar de alcanzar su emancipación política por la vía de Flandes o de las Islas Åland, y por qué los otros se echan las manos a la cabeza, con la mirada encendida de indignación y no aceptan ni siquiera un federalismo de verdad, y hasta quieren disolver las autonomías, e incluso amenazan prácticamente con aplicar el artículo octavo de la Constitución y enfilar las columnas de tanques hacia Lérida? Pues porque ambos son nacionalistas, y no dan para más.



Los nacionalismos enfrentados son como dos machos cabríos con la vista nublada por la testosterona, que hacen chocar sus cornamentas dejándose llevar por dos patriotismos trasnochados en pleno siglo XXI.

Si la población de un territorio decide mayoritariamente la secesión, nada podemos ni debemos hacer los demás, más allá de sentarnos a negociar los términos prácticos, aunque por dentro estemos pensando “hay que ver la estupidez que estáis haciendo”. Un liberal o un libertario que se precie de serlo, jamás intentará impedirlo por la fuerza, le guste o le disguste la decisión.

A nosotros la soberanía que nos interesa es la individual, pero es que resulta que las cuestiones territoriales son, por desgracia, de inevitable decisión colectiva, y los ciudadanos son libres de articular sus porciones de la soberanía política común para instar un cambio del status jurídico-internacional de la zona que habitan. De hecho, los libertarios echamos en falta un marco jurídico global, de Derecho internacional, para los procesos de secesión y unión de territorios. Lo que es evidente es que el ámbito de decisión siempre ha de ser el de la población total del territorio directamente concernido, cuyo cambio de status se pretenda. Ni se puede dejar fuera de la decisión a partes de la población del territorio en cuestión, ni tampoco pretender que la decisión la tomen los habitantes del resto de territorios. Los matrimonios son cosa de dos, pero los divorcios pueden y suelen ser unilaterales.

Creo que los libertarios españoles tenemos que jugar la carta de la sensatez en todo esto. Creo que tenemos que decirle al nacionalismo periférico que mida bien las consecuencias de una posible secesión traumática. Y tenemos que decirle al nacionalismo español que queremos una España compuesta por sociedades que quieran estar en ella lealmente, y que no estén por obligación, ni obstaculizando con su descontento el curso de los demás. Y creo que debemos decirles a los dos grandes nacionalismos enfrentados que tal vez haya todavía una remota esperanza de resolver el conflicto en una clave federal, pero esta vez federal de verdad, con transferencia real de los elementos de



soberanía que corresponda, como en Bélgica o en las Islas Åland, y con lealtad y corresponsabilidad de los entes federados. Y si no es así, si al final hay secesión, pues debemos ser los guardianes del sentido común para que ese proceso ocurra con las máximas garantías para los derechos individuales, que son los que importan.

Y si mañana, pongamos por caso, es una parte de Cataluña la que quiere a su vez escindirse, pues los libertarios actuaremos respecto a ella como hicimos en el primer caso. El Cantón de Cartagena pidió en el siglo XIX incorporarse a los Estados Unidos, y parece ser que en Washington se tomaron el tema en serio. Una Cataluña independiente bien podría tener a renglón seguido su propio Cantón de Cartagena donde menos lo espere.

Quiero cerrar mi intervención y dar paso a las preguntas compartiendo con vosotros tres citas que me parecen especialmente significativas de la posición libertaria, o liberal-libertaria, como la queramos llamar, en esta materia. La primera cita es de Ludwig von Mises:

“Ninguna población ni tampoco una parte de una población deben mantenerse a la fuerza en un Estado que no deseen. Pero llamar “nacional” a este derecho de autodeterminación es no comprender la cuestión. La autodeterminación no es un derecho de un ente nacional colectivo sino simplemente de los individuos que habitan un determinado territorio”.

Cuando vemos la pugna entre nacionalismos, unos para crear nuevos Estados liberticidas basados en naciones, y otros para impedirselo y mantener invariables los Estados liberticidas ya existentes, la visión de Ludwig von Mises resulta esclarecedora y esa pugna recuerda a la de las bandas mafiosas que pelean por definir sus zonas de extorsión. La segunda cita es de nuestro colega del Partido Libertario, el profesor Jesús Huerta de Soto, y dice así:



“El Estado es muy peligroso y por lo tanto hay que hacer todo lo posible por reducir su poder, y una de las formas de hacerlo es desmontarlo en pequeñas piezas. Los seres humanos que residan en un determinado territorio deben decidir libremente si quieren que ese territorio pertenezca o no a un determinado Estado. Podemos concebir una Europa compuesta por doscientos o trescientos Estados pequeñitos y ciudades libres”.

En otro pasaje, el profesor Huerta de Soto habla de una Europa de “muchas Andorras”. Yo creo que bien podríamos actualizarlo a una Europa de muchas Liberlands en libre competencia. Y la tercera cita es de mi admirado profesor Juan Ramón Rallo, director del Instituto Juan de Mariana:

“La libertad de asociación y de desasociación política está en el mismo origen histórico del liberalismo (...). La posición del liberalismo ante los conflictos entre nacionalismos no debe ser plegarse a ninguno de los dos lados (...) debemos tener una voz propia que es usted por supuesto se puede secesionar pero debe reconocer el derecho a que otros lo hagan también respecto a usted. Pero seguimos presos del síndrome de Estocolmo que nos lleva a legitimar al Estado para que determine el ámbito de nuestras libertades. Y esa es la lucha del liberalismo en el siglo XXI: deslegitimar la soberanía estatal también a la hora de conformar las fronteras del Estado. Así como separar Estado y religión fue la lucha de los liberales del siglo XVII y XVIII, acabar con el mito de la soberanía estatal es la lucha del liberalismo del siglo XXI”.

Comparto plenamente estas tres posiciones de Ludwig von Mises, de Jesús Huerta de Soto y de Juan Ramón Rallo, como también la visión antinacionalista de pensadores como Hayek o Rothbard, o los esfuerzos intelectuales que en este sentido realiza el Principado de Liechtenstein, único país del mundo que reconoce a sus once territorios



constitutivos el derecho a escindirse si lo desean, y que mantiene una cátedra en la Universidad de Princeton sobre la libertad de secesión. Porque defender la libertad de reorganización territorial, con base en el individuo o, en palabras de Rallo, defender el derecho a asociarse y desasociarse políticamente, no es en puridad una posición propia de la izquierda colectivista sino propia de los antiestatistas, es decir, de los liberales y libertarios que desconfiamos de cualquier Estado actual o futuro y deseamos reducir el alcance de su poder y ampliar el alcance de nuestra Libertad.

Muchas gracias



Publicado por la Fundación para el Avance de la Libertad en abril de 2016

www.fundalib.org

Nota financiera. Para la producción de esta publicación no se ha empleado dinero del contribuyente, sufragándose íntegramente con fondos propios de la Fundación. Por favor, visite el sitio web de la Fundación para conocer mejor sus fines y sus líneas de acción, así como los proyectos abiertos a financiación por *crowdfunding*. Su donación es muy necesaria y apreciada.

Nota sobre la propiedad intelectual. Sin derechos reservados. Este documento puede emplearse libremente por otros autores e instituciones, a quienes solicitamos en todo caso acreditar adecuadamente la fuente y la autoría, incluyendo en los casos oportunos un hipervínculo, así como citar de forma precisa y debidamente contextualizada la información aquí contenida, siempre con respeto a la intención de su autor.